

# Sujeto, sociedad, violencia y goce

Hacia una ética del límite

*América Espinosa\**

## *Resumen*

Ninguna teoría por sí sola brinda elementos suficientes para comprender la problemática del fenómeno de la violencia y de sus diversas formas de manifestación. Dentro de la organización social, la violencia está ligada a los lugares que ocupan los sujetos frente a otros y que remiten a las formas de poder y control. Asimismo, desde la singularidad-social, el psicoanálisis propone —en una de sus tesis— pensar en la violencia como condición insoportable del goce del Otro. Por ello, es importante revisar diferentes referentes, desde Freud, Lacan y Dufour, para trabajar el tema de violencia no sólo en su dimensión destructiva sino también en su dimensión constituyente de lo social. La subjetividad toma una importancia fundamental en esta aproximación.

*Palabras clave:* violencia, sujeto, subjetividad, discurso y goce.

## *Abstract*

No theory alone provides sufficient information to understand the problems of the phenomenon of violence and its various manifestations. Within the social organization, violence is linked to places subjects occupy compared to other, which takes us to the forms of power and control. Likewise, since the social-singularity, psychoanalysis refers in one of his thesis, to think of

\* Psicoanalista y profesora-investigadora de la Facultad de Psicología de la Universidad Veracruzana; [americaeh@gmail.com].

violence as unbearable condition of the enjoyment of the Other. We must therefore, to consider several referents as Freud, Lacan and Dufour to work with the issue of violence, not only in terms of its destructive dimension, but also in its constituent dimension of the social. Subjectivity takes fundamental importance in this approach.

*Keywords:* violence, subject, subjectivity, discourse, enjoyment.

## Introducción

Investigaciones sobre el tema de la violencia cobran un matiz de alta importancia en esta época, ya que si bien es cierto que en todas las épocas la condición de la violencia ha acompañado la propia condición social constituyente del ser humano, el avance en la comprensión de las condiciones, circunstancias y situaciones que la provocan hace que la violencia se observe y se sienta en estos tiempos como más injusta, más cruenta y anti-civilizatoria.

Contemplar el amplio espectro que nos brinda el tema implica la necesidad de partir de lo más general, en términos explicativos, hasta llegar a puntos de especificidad necesarios en una investigación sobre el tema de violencia. En este trabajo se presentan cuatro recortes analíticos sobre la violencia desde al menos dos posturas teóricas que permiten introducirnos y discutir este tema tan complejo.

Para iniciar, se tomará la definición de *violencia* proporcionada por la Organización Mundial de la Salud,<sup>1</sup> la cual señala como tal: “El uso deliberado de la fuerza física o el poder, ya sea en grado de amenaza o efectivo, contra uno mismo, otra persona o un grupo o comunidad, que cause o tenga muchas probabilidades de causar lesiones, muerte, daños psicológicos, trastornos del desarrollo o privaciones”.

La definición lleva a las acciones específicas que pueden mostrar evidencias tangibles de daño o intencionalidad; sin embargo, deja

<sup>1</sup> Informe mundial de la oms sobre violencia y salud. Organización Panamericana de la Salud, Oficina Regional para las Américas de la Organización Mundial de la Salud, 2002, [[http://www.who.int/violence\\_injury\\_prevention/violence/world\\_report/en/summary\\_es.pdf](http://www.who.int/violence_injury_prevention/violence/world_report/en/summary_es.pdf)].

fuera ámbitos desde donde la violencia se promueve y queda normalizada en la vida cotidiana, o mejor aún, la propia condición de violencia subjetiva e inseparable a la condición de lo social y desde donde surge y se desprende el acto violento y su interdicción. Esto último es un tema central para este escrito.

En este sentido, para hablar de la violencia, hay que remitirse a las condiciones inherentes a la fundación de lo social, que han sido originarias y gestoras de la subjetividad y de todos aquellos ámbitos donde se manifiesta la violencia –incluso de una manera normalizadora–, independientemente de aquellos ámbitos también donde ésta se hace evidente y ha requerido de intervenciones a nivel de organismos internacionales que promuevan las relaciones pacíficas entre los pueblos o instituciones, tanto gubernamentales como no gubernamentales, y que trabajen en la prevención y sanción de la violencia en espacios públicos y privados.

A partir de lo anterior, podríamos señalar que existe un ámbito de la violencia que participa en la conformación estructural de la vida de los sujetos y sus formas de organización; este espacio aparece como escenario normativo y legítimo en cuanto determinante de los elementos necesarios para contener la violencia. La violencia también se muestra como elemento sostenedor de las formas de acomodo social y como sostenimiento de los ámbitos de control y poder que pueden estar legitimados desde los discursos sociales, que aparecen también legitimados. Otras de las manifestaciones de la violencia aparecen como elementos transgresores o disfuncionales, pero tienen una lógica en lo que el propio discurso social promueve a partir de las contradicciones inmanentes. Por ello, se propone trabajar el tema desde apartados que tendrán como elementos los ámbitos de manifestación de la violencia, lo cuales, en todo caso, son explicativos de ésta y, en consecuencia, nos llevarán a reflexionar en torno a su condición innegable y, por otro lado, a la propia posibilidad de análisis, contención y prevención posible.

## La violencia como condición inherente, originaria y estructurante de lo social

Sin tener que revisar propuestas teóricas y cosmogónicas sobre el origen del llamado “ser humano”, es interés de este trabajo centrarse en las tesis del surgimiento de lo humano del ser que nos propone a un ente diferente a cualquier otra especie animal, que finca su diferencia precisamente en la incorporación de un lenguaje circunscrito a lo simbólico, que lo determina como sujeto social. Un lenguaje que se produce diferente en cuanto a que él mismo surge de pactos, prohibiciones que dan lugar a leyes, que hacen constituir a lo colectivo y al orden de lo social.

¿Cómo se constituye lo social? ¿Cuáles son los elementos que lo determinan?

Lo social y su consecuencia, la sociedad, es un producto humano y –al mismo tiempo– el ser humano es un producto social (Berger y Luckmann, 1968). En esta condición de producción y transformación, las acciones humanas tienden a institucionalizarse y, en este sentido, a objetivarse, imponiéndose como estructuras de la conciencia subjetiva. Sin embargo, no se podría entender lo social sin comprender la emergencia del lenguaje y lo simbólico que lo constituye.

La tesis del mito del banquete totémico, trabajada por Freud en *Tótem y tabú*,<sup>2</sup> propone al parricidio como elemento inaugural de lo

<sup>2</sup> Desde luego, la horda primordial darwiniana no deja espacio alguno para los comienzos del totemismo. Hay ahí un padre violento, celoso, que se reserva todas las hembras para sí y que expulsa a los hijos varones cuando crecen; y nada más. Este estado primordial de la sociedad no ha sido observado en ninguna parte. Lo que hallamos como la organización más primitiva, lo que todavía está en vigor en ciertas tribus, son las ligas de varones compuestas por miembros de iguales derechos y sometidos a las restricciones del sistema totemista, que heredan por línea materna. ¿Acaso lo uno pudo surgir de lo otro? ¿Y por qué camino fue posible? Si nos remitimos a la celebración del banquete totémico, podremos dar una respuesta: un día los hermanos expulsados se aliaron, mataron y devoraron al padre, y así pusieron fin a la horda paterna. Unidos, osaron hacer y llevaron a cabo lo que individualmente les habría sido imposible. (Quizá un progreso cultural, el manejo de un arma nueva, les había dado el sentimiento de su superioridad.) Que devoraran al muerto era cosa natural para unos salvajes caníbales. El violento padre primordial era por cierto el arquetipo envidiado y temido de cada uno de los miembros de la banda de hermanos. Y ahora, en el acto de la devoración,

social, el cual da pie a la constitución de las organizaciones sociales, a las limitaciones éticas y a la religión en cuanto a lo que genera *a posteriori* dicho parricidio, esto es, el sentimiento de culpa, el establecimiento de la prohibición del placer sexual y la formulación de la ley contra el incesto.

Para Freud, es un acto de violencia el que inaugura la dimensión social y subjetiva de estos seres primitivos de pensamiento y configuración organizativa y que por una situación casi circunstancial dan un importante salto hacia otro lugar, que los separa de cualquier otra especie animal. Si en términos generales podríamos habernos considerado una especie más de las tantas que han habitado este planeta, la condición de superioridad no se propondría en la fuerza física, sino en la capacidad de observación y asimilación de las experiencias que se pudieron vivir a efecto de evolucionar.<sup>3</sup> En la tesis freudiana y los estudios darwinianos existe una relación con la célebre historia de la horda salvaje, tomada de *El origen del hombre*, y más adelante con el sistema patriarcal, cuando enfrenta a la rebelión de los hijos y a la devoración del padre, tesis de James Jasper Atkinson, según el propio Freud relata en el texto al que hace referencia (Freud, 1986a:44).

Podemos plantear que todo lo anterior, aunado a la conciencia de muerte, es la condición por la cual se vive la violencia de manera disímbola que cualquier otra especie animal; la conciencia de la violencia, lo mismo que la conciencia de muerte y todo el sufrimiento que conllevan ambas condiciones de la vida, es la factura que hay que pagar a efecto de pasar por la vida de forma distinta al resto de las especies, determinados por la regulación/prohibición de ciertos actos, especialmente los vinculados a lo sexual.

---

consumaban la identificación con él: cada uno se apropiaba de una parte de su fuerza. El banquete totémico, acaso la primera fiesta de la humanidad, sería la repetición y celebración recordatoria de aquella hazaña memorable y criminal con la cual tuvieron comienzo tantas cosas: las organizaciones sociales, las limitaciones éticas y la religión.

<sup>3</sup> No obstante, Freud no defenderá una superioridad entre el hombre primitivo y el moderno; al contrario, los elementos constituyentes son filogenéticos, y en cada niño se repetirá el proceso evolutivo. A pesar de ello siguen en discusión las modalidades sobre la manifestación moral y de violencia en ambos.

Freud propone en *El malestar en la cultura* que este elemento de prohibición hace que la vida social resulte posible, pero a la vez también ocasiona que sea gravosa, con muchos dolores, desengaños y tareas insolubles (Freud, 1986b).

Al paso del tiempo, para poder soportar el sufrimiento le fue necesario al ser humano optar al menos por alguna de estas tres vías posibles de apaciguamiento al malestar: distracciones que nos evadan un poco de nuestra miseria, del dolor del sufrimiento de pensar en el final; satisfacciones sustitutivas que reducen el malestar; y, finalmente, sustancias embriagadoras, que producen una insensibilidad al sufrimiento. Lo anterior, en consecuencia, provoca que el proyecto de la felicidad sea una tarea imposible y que a lo sumo sólo se pueda aspirar a la satisfacción de ciertas necesidades retenidas, como fenómenos episódicos.

La amenaza del sufrimiento es entonces permanente y se produce desde el propio cuerpo, destinado a su degradación y desaparición; desde el mundo exterior con sus fuerzas destructoras, hiperpotentes, catástrofes, desastres etcétera; y desde los vínculos con otros seres humanos. Freud considera que el padecer viene mucho más, desde esta tercera vía, de las relaciones con los otros, los amores y desamores; esta vía será siempre la que se viva con mayor intensidad de sufrimiento que cualquier otra.

Esta condición de sufrimiento como un destino funesto, aunado al juego de la constitución simbólica del sujeto que genera la agresividad y, en consecuencia, la violencia, forma parte de la vida y contra la cual la lucha es permanente. En este sentido, Freud propuso la dualidad pulsional para describir este proceso; al interior del sujeto se gesta la dificultad, la agresividad que opera en la violencia que llamó "pulsión de muerte", frente a la otra posibilidad que tiene que ver con el esfuerzo por la vida, por la unión, por el amor y el erotismo. Aunque ambas pulsiones están dinámicamente unidas, Freud propone una desmezcla desde la cual aparece la pulsión de muerte en la evidencia destructiva.

Lacan propone la agresividad como correlativa a un modo de identificación narcisista, la cual determina la estructura formal del yo a partir de lo que el otro materno le brinda. La agresividad entre

la relación del yo y el otro “semejante”, donde se juega una relación ambivalente que al mismo tiempo implica erotismo y agresión (Lacan, 1995:105).

En un momento determinado la agresividad y su consecuencia, la agresión y la violencia, emanan del propio lugar de la subjetividad –disposición pulsional autónoma, originaria, del ser humano– pero siempre vinculadas a la otredad; la propuesta de Freud será la imposibilidad de la contención de lo pulsional; no obstante y a pesar de ello, Freud deja a los procesos culturales y civilizatorios la regulación de los vínculos entre los seres humanos.

La pulsión tiene sus variantes, y si el *ello* para Freud era el recinto de lo pulsional, también será necesario pensar en el concepto lacaniano del *goce* para intentar comprender la agresividad, la agresión y la violencia.

Es necesario profundizar sobre el *goce* para comprender la violencia desde la perspectiva de los sujetos, de sus neurosis y fantasmas, que incluso pueden tener efecto de *delirio masivo compartido*, como se observa en los casos de guerras raciales y genocidios.

El goce es un hoyo en lo simbólico –nos dice Lacan–, un lugar de lo real insoportable. Braunstein lo describe como: “De este modo llega el goce a ser lo exterior, Otro, dentro de uno mismo, representante del Uno... Un topos inaccesible para el sujeto que lo alberga y que, por la razón del otro exterior interiorizado, debe ser cuidadosamente exiliado.”

Esta condición del goce como representante del Uno, Lacan la propone como Unanidad del Sujeto, vinculada estrechamente con el odio; una diferencia dada por lo singular del goce que no genera lazo social. El goce es siempre solitario, hace imposible el lazo. El lazo que produce lo social. La condición de la pulsión freudiana tiene su lado oscuro, su imposibilidad expresada en el goce. Un goce cuya característica fundamental es la perversión, la otra versión del padre, que es la agresividad, la desmedida, la crueldad y la violencia.

Es necesario comprender al sujeto y su constitución, su génesis, para entender el lugar del goce y de la violencia. El sujeto es ley y lenguaje. El lenguaje implica un orden estructurante y significante que rompe con la inercia de lo natural/accidental para dar pie a lo social.

No hay sujeto fuera del escenario del lenguaje. La sujetación es a la ley, al orden, al pacto, a lo simbólico. El lenguaje hace al sujeto, lo sitúa en el marco de la subjetividad, noción necesaria para explicar al sujeto en términos estructurales.

Lo social está ligado a la subjetividad. La subjetividad es el entramado de representaciones imaginarias y simbólicas que gestan un lugar desde el cual diferenciarse y participar con el mundo como otredad, a través del lenguaje.

Los lazos sociales se producen desde la posibilidad del sujeto y la subjetividad que lo explica; de tal manera para discernir sobre la violencia social tenemos que explicarnos las diferentes perspectivas desde las cuales se funda y se mueve la subjetividad. De principio, el elemento del lenguaje nos lleva a la condición del discurso o a los distintos discursos que constituyen lo que denominamos “lo social y todo lo que engloba”, la cultura, los procesos, el sistema económico, etcétera.

Freud es muy claro en plantear la imposibilidad de la cultura para contener lo pulsional a efecto de detener la agresividad y la violencia, tanto en el plano particular como en el colectivo.

La problemática es, entonces, que la cultura no es suficiente para contener la dimensión del goce que produce la imposibilidad de alcanzar el estado de felicidad añorado. El sujeto porta en su interior tal agresividad que en cualquier momento puede emerger y violentar a la comunidad. Sin embargo, el asunto de la agresividad y la violencia no es sólo un asunto de lo particular; evidentemente puede pensarse desde un estado de violencia generalizada que haga que en un grupo social o en una sociedad haya una condición de permanente crisis e inseguridad que ponga en riesgo a la sociedad misma y conlleve en ello su propia degradación.

## La violencia inherente a la constitución del sujeto

*El sujeto no es el yo*

¿Por qué sería necesario hacer una distinción entre el yo y el sujeto?

Porque el yo es la apariencia de la subjetividad situada en el registro imaginario, al cual hay que develarle la fachada para comprender la dimensión del acto violento en su propia constitución.

La relación entre lo que se ha denominado como “yo” y lo que se le aparece como imagen finalmente tiende a unificar, emerge como algo distante y distinto al sujeto. El *yo* se constituye a partir del cuerpo y es efecto de la unificación. El *yo* se sitúa en el registro de lo imaginario en una relación de percepción con el mundo; el sujeto se constituye en la relación con lo simbólico que se tramita a través del lenguaje, de la palabra, y que es efecto de la diferenciación.

Estos dos elementos, *unificación* y *diferenciación*, serán fundamentales para constituir la subjetividad. Freud plantea que si bien este *yo* nos aparece como autónomo, unitario, deslindado de todo lo otro, esto es sólo apariencia; más bien, es un engaño, ya que el *yo* se continúa hacia dentro desde donde se observa otra dimensión anímica que es denominada como *ello* (Freud, 1986b:67). Para Lacan *el ello está estructurado según una modalidad de una articulación significativa que marca todo aquello que se produce en el sujeto*. El Ello estaría constituido del significante; el *ello* es el sujeto. (Lacan, 1994:52).

Si para Freud el *principio del placer* resultaba un primer elemento del que depende toda la operación del aparato anímico, más adelante propondrá la existencia de un “más allá del principio del placer”, el cual dará cuenta de un tipo de placer “extraño”, que Lacan pronunciará como “goce”.

Por tal motivo, el Sujeto se encuentra alienado en el significante, no puede dar cuenta de todas las formas de su comportamiento. Para Lacan este sujeto se produce como función de articulación, de bisagra, entre dos Otros: uno del sistema significativo, del lenguaje y de la Ley, y el otro del cuerpo gozante, al cual le resulta imposible encontrar un lugar en los intercambios simbólicos (Braunstein, 1999:20).

El símbolo es una orden, un mandato que ha de asumirse para producir existencia. Ese mandato ordena, tiene una función, gestar existencia.

Lo social es lo simbólico y es el lenguaje, contiene en sí mismo un elemento de violencia arbitraria para poder constituirse. Siempre se tiene que partir de algo; ese algo es un nombre; mejor dicho es un significante, y quien lo propone y fuerza a su obediencia es el padre simbólico. Es por eso que Lacan llama a este significante el Nombre del Padre. A la letra nos dice:

Nosotros aquí llamamos ley a lo que se articula propiamente en el nivel del significante, a saber, el texto de la ley.

No es lo mismo decir que ha de haber ahí una persona para sostener la autenticidad de la palabra, que quiere decir que algo autoriza el texto de la ley. En efecto, a lo que autoriza el texto de la ley le basta con estar, por su parte, en el nivel del significante. Es lo que yo llamo el nombre del Padre, es decir el padre simbólico. Es un término que subsiste en el nivel del significante, que en el Otro, en cuanto sede de la ley, representa al Otro. Es el significante que apoya a la ley, que promulga la ley. Es el otro en el Otro (Lacan, 1995:150).

En el Edipo, Freud plantea que de lo que se trata es que el sujeto se enfrente al orden simbólico y le permita tomar un lugar en el escenario simbólico que lo estructurará. La función de terceridad del padre, con respecto a la unidad imaginaria de su relación con la madre, posibilitará el encuentro o no de ese lugar propio, a manera de un nombre propio necesario para hacer circular los significantes, que finalmente serán elementos sustantivos para plantearse como sujeto no sólo existente sino también viviente.

El lugar de la ley implica la palabra, y en este sentido implica la prohibición y al mismo tiempo evoca la transgresión. Este significante cobra un sentido fundamental porque de ahí parte lo social y su sujetación. De lo que se trata en el sujeto es de significantes, pero hay uno que articula, que estructura; ése es el significante amo, significante Nombre del Padre.

## Violencia inherente y generalizada del Estado. Cultura de dominación

Freud señala que, a pesar de que finalmente domina la imposibilidad frente a lo pulsional, son necesarios los procesos de regulación de los vínculos: para ello es importante otorgar poder a la comunidad, el cual sustituye al poder del individuo. Este otorgamiento de poder ha sido un paso cultural decisivo.

Norbert Elias, parafraseando a Freud, plantea que el monopolio de la violencia física, la concentración de las armas y de las personas armadas en un solo lugar, hace que el ejercicio de la violencia sea más o menos calculable y obliga a los hombres desarmados en los ámbitos pacificados a contenerse por medio de la previsión y de la reflexión (Elias, 1989).

A pesar de ello, la concentración de la violencia por el Estado ha sido elemento generador de violencia por medio de las guerras y no ha sido suficiente contenedor de las violencias en cuanto a que ha sido rebasado por otros monopolios; como bien lo señala Braunstein, en México, por la descomposición que se vive, el Estado no tiene el monopolio de la violencia, ya que en su interior existen luchas internas que hacen que no pueda garantizarse ese monopolio y ocasionan que se produzcan otros que operan al margen del Estado mismo o contra de él. O peor aún, el Estado mismo actúa en conflagración con esos otros monopolios en contra de la comunidad, que fue quien le otorgó el poder mismo. Esta condición de violencia tiene muchas aristas que revisar pues, por un lado, está ligada al control del poder por parte de grupos políticos que lo sostienen y, por otro, también al tipo de discurso y a su legitimación al interior de los mismos y a la oferta que le brindan al resto de la población que los sigue y sostiene. El imaginario colectivo no llega a develar los lugares de control y manipulación que se ofertan en las posturas políticas de quienes tienen el poder y el control del gobierno.

Se observa que se ha propuesto –para sostener el poder– una política perversa, la política del miedo, utilizada para sostener un Estado alterado y perverso que no logró entender el sentido ético de su función. Alemán (2003) señala que *la administración y producción del*

*miedo es el arte de la política en Occidente*; es a partir de la producción del miedo que se sostiene un Estado intimidante, que se despliega y se repliega intermitentemente.

En este sentido, es importante plantear la hipótesis de que el Estado –al tener un importante carácter de representación en la sociedad– promulga y participa en una transformación social, en la que los elementos participantes comparten los modos de gobierno y manipulación, y éstos se transmiten y repiten en los diferentes escenarios que conforman la sociedad; de tal manera, las instituciones, dentro de un Estado autócrata, perverso y manipulador, se convierten en instituciones con una cultura de corrupción, que se vuelve natural y desde la cual, por consiguiente, se propicia una naturalización de la violencia, que participa en lo que hoy por hoy padecemos, una paulatina degradación social.

Roberto Manero (2003), en sus investigaciones, plantea que la problemática de la violencia se desprende de las formas sociales normales, dado que ésta es un componente de cualquier sociedad de nuestra época.

En el estudio de los grupos delincuenciales señala: dichos grupos no guardan diferencias estructurales en relación con otros grupos que manifiestan un descontento y una inconformidad en relación con la sociedad en la que viven. Un elemento interesante por destacar es que estos grupos requieren de la creación o construcción de un conjunto de significaciones que justifican y hacen posible el ejercicio de formas extremas de violencia; estas construcciones imaginarias pueden ser pensadas en un carácter inverso a lo que el común de la gente produce como representaciones de lo que es el bien o el mal. Una especie de *mundo al revés*.

Su inscripción en un mundo de significaciones sociales imaginarias, dominado por la perspectiva mitológica de un *mundo al revés*, dota a estos grupos de un correlato que exige y justifica la extrema violencia desde la que actúan...; desde esta perspectiva, la generación de grandes grupos y redes delincuenciales es un largo proceso de va-

rias generaciones, en el cual el trabajo sobre resentimiento social,<sup>4</sup> se constituye como un fuerte analizador del valor real de la existencia y de la vida humana (Martín-Baró [1988:410], en Manero, 2003:3). Este universo imaginario no sólo justifica sino que también exige el ejercicio de una extrema violencia como condición de existencia de los propios grupos.

Este *mundo al revés* permite problematizar lo que, desde el psicoanálisis, conocemos como la estructura perversa, que evidentemente se constituye de la transgresión de la ley y de otras formas de legalidad que rebasan las dimensiones de lo simbolizable; lo que Friedländer, citado por Roudinesco, llamaría un *límite teórico exterior*; esta construcción imaginaria que Manero estudia en los grupos delincuenciales tiene cierta analogía con el análisis que Elizabeth Roudinesco realiza en el capítulo titulado “Las confesiones de Auschwitz”, donde plantea que

el nazismo inventó un modo de criminalidad que pervirtió no sólo a la razón de Estado sino en mayor medida todavía, la pulsión criminal en sí, puesto que en semejante configuración el crimen se comete en nombre de una norma racionalizada y no en cuanto expresión de una transgresión, o de una pulsión no domesticada. Desde esta perspectiva, el criminal nazi no podría ser el heredero del criminal sadiano a pesar de que tanto en un caso como en el otro el crimen constituye el resultado de la inversión de la Ley. El criminal en el sentido de Sade obedece a una naturaleza salvaje que lo determina, que lo hace transgresor, pero jamás aceptaría someterse, como el criminal nazi, a un poder estatal que lo supeditara a una ley del crimen (Roudinesco, 2009:139).

<sup>4</sup> Manero señala que si el sistema establecido tiende a transmitir y a reforzar patrones de violencia, con ello siembra las semillas de su propia destrucción. Quienes como parte de los sectores oprimidos tienen que interiorizar una violencia que les deshumaniza; quienes tienen que aceptar la imposición de unos esquemas y formas de vida que les impiden la adecuada satisfacción hasta de sus necesidades más fundamentales; quienes aprenden que los mismos comportamientos que utilizados por los sectores dominantes llevan al éxito, a ellos como miembros de las clases dominadas les están vedados, se encuentran en posición de revertir esa violencia, esos valores y esos comportamientos aprendidos en contra de sus opresores. Afectivamente, este proceso es posibilitado por el resentimiento.

Para Roudinesco, lo que resulta impresionante de los testimonios de los genocidas nazis es la aterradora normalidad de la que dan prueba y que constituye el síntoma no de una perversión –en el sentido clínico del término– sino de la adhesión a un sistema perverso, que por sí solo sintetiza el conjunto de todas las perversiones posibles.

Si bien, para Manero cada comunidad o sociedad debe sobrevivir a su propia violencia, y para ello tiene formas de redireccionamiento a través –por ejemplo– de la dinámica sacrificial, en la que se observa que la violencia es desplazada a un punto, esto es, a un miembro de la comunidad, que por reunir ciertas características lo hacen chivo expiatorio y, en todo caso, lo divinizan –ahí el origen de las religiones–; en el caso del nazismo surge una estructura de la que se ha excluido todo acceso posible a la sublimación, ni siquiera sacrificial. Para comprender esto, Roudinesco nos narra un ejemplo:

El oficial de las ss hace salir de las filas a tres músicos judíos. Les pide que ejecuten un trío de Schubert. Emocionado por esa música que adora, el oficial de las ss permite que las lágrimas aneguen sus ojos. Después, una vez concluido el fragmento, envía a los tres músicos a la cámara de gas (Roudinesco, 2009:151).

Castoriadis<sup>5</sup> plantea que el odio resulta de la imposibilidad de autoconstituirse, más que a condición de negar al otro. Los orígenes psíquicos y sociales del odio sólo podrían ser analizados a partir de la dimensión imaginaria de la sociedad y de la constitución del individuo social.

Se tendría entonces que continuar pensando en la violencia, no desde la responsabilidad psicopatológica de un sujeto, sino desde el terreno de los sistemas sociales. Lo que se constituye como legalidad desde la dimensión de lo comunitario y desde lo institucional, como lo plantean algunos autores; lo que es común como norma y como ley son los sistemas desde los cuales se estructura el orden social y, en

<sup>5</sup> Extraído de Rafael Miranda, *Las fronteras del odio*, [<http://www.fundanin.org/miranda1.htm>].

consecuencia, también lo que se desprende de ahí son las diferentes formas de gestión de la violencia.

### La violencia inherente a la sociedad de consumo como imperativo de goce

Danny Robert Dufour (2011)<sup>6</sup> propone que esta violencia generalizada es consecuencia de un tipo de discurso que ha dominado sobre todo en los últimos tiempos; este discurso es el del liberalismo inglés en todas sus modalidades implantadas como neoliberalismos económicos actuales.

Los significantes que se han constituido desde esta perspectiva proponen una perspectiva liberadora de lo pulsional, que se ha legitimado en cuanto se ha producido también una inversión de los antiguos valores occidentales, heredados de los griegos y transmitidos mediante el gran relato o discurso demostrativo, que consiste en perseguir lo que podría denominarse “la elevación del alma”, en el cual la *Epithumia* griega –que estaría conformada por lo pulsional– tendría que elevarse hacia el *Nous*, el cual representaría una elevación hacia la inteligibilidad a partir del domeñamiento de las pasiones, representadas por la *Epithumia*. A este proceso de transformación –buscado por el ideal griego– se le denominó *Epimeleia heautou*, que se define como la “inquietud de sí” y responde a una búsqueda interna, de encuentro espiritual con la verdad, a la manera socrática.

Foucault, en *La hermenéutica del sujeto*, relaciona la inquietud de sí y al cuidado de sí con el término *therapeuein*, como una necesidad espiritual de la *Epimeleia heautou*, un mirar hacia dentro y un preguntarse por el sentir y el sentido. La *Epimeleia heautou* consiste en resaltar los valores de la justicia y el bienestar humano más que el aprecio por los bienes materiales; en la modernidad varios de esos

<sup>6</sup> El contenido del pensamiento descrito de Danny Robert Dufour ha sido extraído del Seminario impartido en mayo de 2011 en la UAM-Xochimilco, cd. de México, y titulado “El liberalismo como liberación de las pasiones y las pulsiones: un estado de violencia generalizado”.

valores podríamos relacionarlos con la emancipación social, el uso de la razón y el criticismo (Foucault, 2001).

Sin embargo, continuando con Dufour, existe en la actualidad un relato o discurso imperante que traiciona los ideales de la modernidad –los discursos esperanzadores de igualdad y justicia social– y se sostiene desde la premisa del progreso a partir de la adquisición de bienes de consumo.

En el trasfondo de este nuevo discurso existe un mandato que es el de “gozar” sin ningún límite, sin ninguna vergüenza; entregarse a las pasiones y a las ganancias máximas. Este planteamiento del liberalismo fue enunciado por primera vez, nos dice, hacia 1768 por Adam Smith y se ha consolidado desde 1980 a través de las políticas económicas implantadas por Margaret Thatcher en Inglaterra, Ronald Reagan en Estados Unidos y Carlos Salinas de Gortari en México. El lema del “ultraliberalismo” es “dejar hacer” y “sin límites”, lema que ha tenido –dicho por Dufour– consecuencias psíquicas importantes, dado que se contrapone con discursos anteriores, como el discurso del sujeto kantiano y el del mismo psicoanálisis planteado desde la castración freudiana y la falta lacaniana. Discursos modernos desde la perspectiva filosófica y científica que le planteaban al sujeto una propuesta ética.

El sujeto del liberalismo o del ultraliberalismo (un liberalismo llevado hasta las últimas consecuencias) es un sujeto del goce, que por esta condición se sustrae del lazo y, en consecuencia, queda pervertido.

El discurso del hombre moderno estaba inscrito de la condición de sustraerse de un Dios y, más aún, sustraerse del Padre, asumiendo la libertad de su pensamiento desde una dimensión de asumir la castración y el límite. Asumir la dimensión de la verdad a medias; de la imposibilidad. Este nuevo discurso, que podríamos ubicarlo como posmoderno, es el discurso de un nuevo Dios que reemplaza al anterior; es el Dios del mercado omnipotente, que puede hacer todo y regular todo. En este discurso todo es mercantilizable, objetos, personas, espacios, voluntades. El sostén de este nuevo sujeto está dado desde la legitimidad del goce.

Como habíamos señalado, esta condición de goce no posibilita la creación de lazos. Los sujetos se cosifican y tienen un valor económico. Las relaciones son negocios, *business*.

Ese goce extraño, destructor, ha rebasado no sólo a sujetos particulares –en condiciones aisladas–, se ha convertido en un discurso imperante en lo social, que ha trastocado un orden social necesario de una regulación de lo pulsional.

Frente a este escenario sólo nos queda recular, nos queda resistirnos al avasallamiento de los goces que se permean en estos discursos de mercado y están en el trasfondo de las políticas liberadoras, que han corrompido las entrañas de la sociedad y –principalmente– del Estado, que debería garantizar esta regulación para contener la violencia que hoy por hoy nos destruye terriblemente. Nos queda retomar una ética del límite, en la que podamos asumir que nunca seremos dioses y nunca detendremos a la muerte. Una ética del límite para la vida, no para la muerte. Una ética en la que se pueda reconocer nuestra propia condición de fragilidad y dependencia hacia lo social, hacia el otro, hacia lo común y lo comunitario.

### **A manera de conclusión**

Un sujeto se constituye en lo social; de tal manera, lo que muestre de él también refleja lo que reproduce desde su entorno. En el psicoanálisis, la violencia está relacionada en términos estructurales con la condición insoportable del goce del Otro, como elemento de la perversión que destruye lo que atenta contra una condición estructurante en lo singular y en lo colectivo. Cuando un sujeto se siente amenazado en su condición subjetiva, cuando un grupo social constituido se siente amenazado por otro –también en su propia condición constitutiva–, aparece la violencia, que hace evidente esta amenaza.

Sin embargo, la violencia no sólo puede pensarse desde la dimensión de su manifestación –que sería el acto destructivo en sí–, sino también desde lo que configura su producción y sostenimiento, como los discursos violentos y simbólicos de cada época y sus formas de normalización. Estos discursos operan desde los ideales de lo que se considera como bueno y valioso en la comunidad, discursos que forman parte de la propia estructura de lo social, en la que se inserta la paradoja de lo que destruye y lo que preserva.

Las diversas formas de manifestación de violencia hacen referencia también a formas de organización social, esto es, a los lugares que ocupan los sujetos frente a otros; a las formas de poder y control –desde los grupos familiares hasta lo que denominamos “sociedad”.

Cada época teje su propio discurso y se reproduce desde el mismo discurso que configura; si bien va heredando elementos discursivos de otras épocas, también va creando otros que dotan de significación particular cada tiempo. Los sujetos determinados desde el lenguaje contamos historias que luego creemos. Los relatos están implícitos en las formas de vida. El sujeto habla antes de pensar.

Un gran relato se propone como hegemónico y propone una forma de vida. El relato es un discurso que no sólo se narra, sino que también se muestra y se demuestra. Muestra y demuestra cómo funciona el mundo. Un Estado, como representante y depositario de un poder, promulga un discurso desde el que opera, y ese discurso se legitima y forma parte del repertorio cultural de una sociedad.

Si bien todo acto humano oscila entre la creación y la destrucción, evidentemente hay una posición ética a favor de la prevalencia del acto creativo, de tal manera que la ciencia y todo quehacer humano han de sostenerse desde lo que puede considerarse una ética a favor de lo humano y de la humanidad, una ética a favor del respeto y de los límites, pero aquí justamente está la complicación, porque –contrario a lo anterior– lo que se muestra es un estado permanente de abuso, violencia y goces perversos. En este sentido, se tendría que retomar la expresión de Freud con respecto al comportamiento moral de los sujetos, cuando señala que *el hombre común es siempre más moral e inmoral de lo que él mismo cree*. La cuestión de la violencia resulta un entramado complejo, que se liga al mismísimo lugar de la ley. La ley es producto de una violencia constitutiva del mundo de lo humano, lo que no tiene que ver ya con lo natural, y en ello estriba su relación con el carácter de lo perverso.

La búsqueda constante de un Estado fuera de la violencia o del acto violento muestra su imposibilidad en este escenario estructural de lo social, no obstante y a pesar de, así como su objeto de deseo, como el *objeto a* lacaniano; la búsqueda por un Estado civilizatorio en el que prevalezca el respeto al otro, un Estado de derecho, de leyes

y límites; un Estado ético, acordado y respetado es, sin lugar a dudas, la expectativa de toda sociedad ética, reflexiva y analítica, aunque los límites de esta condición sean siempre vulnerables.

Tal vez tendríamos que re-signarnos a ese lugar de lo humano perverso y, por supuesto, no ceder frente al goce en aras siempre de una utópica condición de paz y búsqueda de un discurso hacia una ética de los límites.

## Bibliografía

- Alemán, Jorge (2003), *Derivas del discurso capitalista*, Miguel Gómez Ediciones, España.
- Berger, P. y T. Luckmann (1968), *La construcción social de la realidad*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Braunstein, Néstor (1999), *Goce*, Siglo XXI, México.
- Elias, Norbert (1989), *El proceso de la civilización*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Foucault, Michel (2001), *La hermenéutica del sujeto*, Fondo de Cultura Económica, Argentina.
- Freud, Sigmund (1986a [1912-1913]), *Tótem y tabú*, Amorrortu, Argentina.
- \_\_\_\_ (1986b [1930-1929]), *El malestar en la cultura*, Amorrortu, Argentina.
- Lacan, Jaques (1995), *Escritos I*, Siglo XXI, México.
- Manero, Roberto y Raúl Villamil (2003), “El correlato de la violencia en el síndrome de estrés postraumático”, *El Cotidiano*, vol. 19, núm. 121, septiembre-octubre, UAM-Azcapotzalco, México.
- \_\_\_\_ (1998), “Movimientos sociales y delincuencia. Grupos civiles y dinámica de la participación civil”, *Tramas*, núm. 13, UAM-Xochimilco, México.
- Martín-Baró, I. (1988), *Acción e ideología. Psicología social desde Centroamérica*, UCA Editores, San Salvador.
- Roudinesco Elizabeth (2009), *Nuestro lado oscuro. Una historia de los perversos*, Anagrama, Barcelona.

Recibido: 15 de abril de 2012

Aprobado: 26 de febrero de 2013